

EL PLAN REAGAN Y EL BLOQUEO

Juan José Monsant

La decisión del Congreso de los Estados Unidos sobre la petición del presidente Reagan de otorgarle catorce millones de dólares a las fuerzas subversivas somocistas que actúan desde Honduras para derrotar el actual régimen de Managua, y que son conocidas con el nombre de "contras" fue esperada con angustiosa expectativa por el presidente y sus asesores. El otorgamiento de ese dinero significaba más que su valor cuántico, el apoyo moral y el consentimiento que requería el Ejecutivo norteamericano para respaldar plenamente y en forma no encubierta la oposición armada al gobierno nicaragüense.

Cuando el Congreso decidió negarle los fondos, lo hizo luego de largos debates públicos y privados en donde intervino prácticamente toda la comunidad internacional y la propia prensa de su país, principalmente los diarios New York Times y el Washington Post. Los representantes demócratas y algunos republicanos expresaron serias dudas sobre la justeza de la petición del presidente Reagan, que en la práctica era declarar formalmente la guerra a Nicaragua, justamente en el aniversario de la guerra de Viet Nam, los sucesos del Líbano, la huida de Camboya, la invasión de Granada y las reservas expresadas públicamente por los países europeos, en torno al lenguaje y las acciones de Reagan en Centroamérica.

Todos estos elementos fueron tomados en cuenta por la Cámara de Representantes norteamericana a la hora de la votación. Sin embargo, tres hechos aparentemente triviales llevaron a los demócratas a votar en contra del presidente Reagan: 1) la presentación de una niña como refugiada nicaragüense, quien resultó ser hija de un norteamericano y de una nicaragüense funcionaria del Banco Mundial, la niña, por supuesto, nació en Washington. 2) El desmentido del presidente Belisario Betancur, en el sentido de no haber sido consultado sobre el plan de Paz de Reagan, a lo menos en la forma en que fue presentado públicamente y 3) la aclaratoria del Vaticano sobre el no apoyo de Juan Pablo II al referido plan, sino a sus deseos de paz en Centroamérica. Los dos últimos hechos fueron causados por el propio Presidente y por el vocero de la Casa Blanca, dando a entender a la comunidad internacional y al pueblo americano que contaba con esos apoyos. El Congreso, por supuesto, se sintió burlado y en consecuencia votó en contra.

Días antes del 3 de mayo, fecha de la histórica votación, el presidente Ronald Reagan había presentado a Cen-

troamérica, al mundo y concretamente a Nicaragua su famoso Plan de Paz, como una forma indirecta de influir en la votación y demostrar su buena intención. Sin embargo el plan adoleció desde el mismo momento de su presentación, de su inaceptabilidad por parte de Nicaragua y de expresiones de reserva por parte de los países del Grupo de Contadora. En primer término fijaba una fecha de aceptación; fue no un plan sino un ultimatum a la manera medieval de buscar la rendición del enemigo. En segundo lugar requería que el propio gobierno de Managua aceptara su ilegitimidad al desconocer la autoridad de su Presidente Daniel Ortega, no obstante que las elecciones realizadas en noviembre del 84, fueron observadas por organismos y personalidades internacionales, quienes dieron testimonio de la limpieza del proceso electoral, incluso por senadores y representantes norteamericanos, la prensa internacional, la comunidad económica europea y el propio pueblo nicaragüense, situado en la oposición del sandinismo. Venezuela por cierto, estuvo representada por el ex-ministro de Justicia y actual diputado al Congreso Nacional por el partido COPEI, doctor Orlando Tovar, quien públicamente, en documento firmado, dio fe de la legalidad del proceso.

El plan obviamente se vino abajo, perdió credibilidad, se interpretó como lo que fue: una maniobra de distracción y de enturbamiento del proceso nicaragüense y centroamericano. Por lo demás a partir de ese momento, apartaba definitivamente, las gestiones del Grupo de Contadora, con el fin de darle un marco regional exclusivamente, donde actualmente Estados Unidos ejerce una hegemonía a la manera y en el estilo del siglo pasado. Recordemos que El Salvador, Honduras y Costa Rica de inmediato aprobaron el Plan Reagan. El Salvador tiene asesores militares norteamericanos; el embajador de ese país interviene directamente en la política interna y los organismos de seguridad son financiados por USA. Honduras es una base militar norteamericana, con más de seis mil hombres y con una fantasía de democracia que no resiste el más elemental análisis constitucional o político y Costa Rica se ahoga en su deuda externa con Estados Unidos.

El día siguiente de la votación, el propio Presidente Reagan anunció que el Congreso estaba equivocado, pero que en todo caso, el Ejecutivo pondría todo su interés en derrotar el régimen de Managua utilizando todos los medios a su alcance. Dejemos a los propios nortea-

mericanos juzgar el sentido y la legitimidad de esa declaración propia de cualquier dictadorzuelo tercermundista de Africa, Asia o de nuestro subcontinente.

En menos de una semana, Reagan debió viajar a Alemania a reunirse en una cumbre que agrupa a los más grandes países industrializados: Alemania, Estados Unidos, Italia, Japón, Canadá, Inglaterra y Francia. El viaje de Reagan fue precedido de uno de los tantos escándalos que ya caracterizan su gestión gubernamental. Su decisión de visitar el cementerio de Bitburg donde están enterrados antiguos combatientes de las mal recordadas SS alemanas de Hitler. En esta oportunidad no sólo son los pacifistas de Europa quienes protestan, sino la Comunidad judía internacional y los antiguos veteranos de la II Guerra Mundial. Sin embargo desde Bonn, y queriendo utilizar un pretendido consenso del resto de los asistentes de la Cumbre de los llamados "Siete Grandes", Reagan decreta el embargo económico a Nicaragua, alegando los poderes que le otorga la Ley de Emergencia Nacional de su país, cuando existe peligro de la seguridad nacional. Las reacciones han sido varias, pero todas, de una forma u otra condenatorias a esa medida, que en definitiva, es un acto de guerra, condenado por la Carta de las Naciones Unidas, por la OEA y el Acuerdo Mundial sobre los Derechos y Deberes económicos entre los Estados.

Quizás el gobierno de los Estados Unidos no quedó más aislado por el viaje realizado por Daniel Ortega a Moscú en busca de ayuda económica para su país, lo cual fue interpretado por los analistas como un acto de escasa prudencia política del gobierno de Managua, justamente cuando había ganado la batalla internacional al derrotar a Reagan, a su plan de paz y a sus catorce millones para los "contras". Debido a ese hecho, el propio Grupo de Contadora fue tímido en su condena, salvo México. Los otros aprovecharon el viaje de Ortega para minimizar su posición y no tener que arremeter contra el bloqueo, como en otras circunstancias hubieran tenido que hacer.

Lo que se plantea es una reunión urgente del SELA, solicitada ya por Nicaragua, al igual que una reunión del Consejo de Seguridad de la ONU, para definir el acto perpetrado por Reagan. Los observadores estiman que el bloqueo no se levantará, y que Nicaragua tendrá que buscar más apoyo en Rusia y en Europa Oriental, lo cual le hará entrar definitivamente en el juego que quería Reagan: el bloque Este-Oeste.